

Mamá

Su mirada vacía reposaba en el techo, su cuerpo tendido en la lujosa cama, como lo había estado en los últimos meses. Los criados y médicos que no paraban de entrar y salir de la habitación parecían agitados, los familiares esperaban debajo de la escalera sentados cómodamente en el sofá, parecían verdaderamente disgustados por fuera, cuando en realidad todos sonreían por dentro, pensando en cómo gastarían la herencia, que de ser afortunados, ganarían hoy con su muerte.

Uno, dos, tres... contaba los segundos el moribundo, ¿Acaso le quedaba otra cosa por hacer? Los últimos meses habían sido los peores de su vida, ¿lo habían sido realmente?

Repaso sus recuerdos, recordó que también pasó todo un infierno hace tres años en su trabajo. Sus ojeras le llegaban hasta las rodillas y si no lo mirabas dos veces podrías confundirlo perfectamente con un muerto viviente, si, que mal lo paso. ¿No juraba él hace menos de dos años haber pasado por su mayor crisis?, recordaba la cara de su jefe cuando lo echó del trabajo, la cara de sus compañeros cuando salió del despacho, la cara de sus amigos, la cara de su esposa..., vino a su mente la agonía que supuso volver a mirar a la cara de sus hijos, si su trabajo era encajar en la sociedad lo había hecho tremendamente mal.

Como estos habían muchos más infiernos de los cuales él había salido, así que cambió de pregunta, ¿Había sido feliz?, la respuesta, casi inmediata, se mostró en frente de él, “Sí”, él había sido feliz , casi desesperado en confirmar esta respuesta volvió a mirar unos años atrás.

Cuando conoció a su esposa era feliz, pensó, lo habían ascendido a jefe de abogados, tenía amigos con los cuales compartía sus conocimientos e ideas, pero no pasaba de ahí, su esposa a la que tanto decía querer se dio cuenta que solo era un capricho de su juventud, no la amaba realmente, en un principio la quería, pero ver su cara y oír su chirriante voz todos los días se acabó convirtiendo en una pesadilla, de la cual sólo salía cuando iba al trabajo .Se preguntaba ahora ,porque se había casado, le pareció que fue de los peores errores que había podido cometer en su vida, una pérdida de dinero y más importante, pérdida de tiempo que tan poco le quedaba ahora. Y esos amigos que

decía tener, no hacían más que un jarrón en su salón, no los conocía y verdaderamente la mayoría los tenía por intereses mutuos, como si su amistad fuera un contrato que no había sido verbalizado ni escrito pero ambas partes sabían de su existencia.

El pinchazo que sintió en su pecho le hizo, por un momento, volver a la realidad, él sabía que no le quedaba mucho tiempo, pero todo el mundo le juraba y perjuraba que eso no era así, él viviría mucho más, sin embargo agradeció que el dolor que lo había acompañado, ya casi un año, tendría fin. No era el dolor físico lo que le molestaba, ese era el menos doloroso, lo que no podía soportar día tras día era estar tumbado en su cama todo el día, donde se había dado cuenta que su vida o la que él pensaba que tenía, era nada más que una mentira tapada con la cortina de la ignorancia, él sabía que no tenía amigos, que nadie le quería verdaderamente, pero era más fácil seguir como estaba a que se enfrentara a la realidad, ¡Y que dura es la realidad ahora!, ahora que nadie le admiraba por su conocimiento en la política, ahora que nadie fingía amarle, ahora que estaba solo, solo y con sus remordimientos de no haber hecho algo cuando pudo.

Frunció el ceño cuando sintió la aguja entrando en su piel, y consciente de que era cuestión de minutos que llegara su momento, la rabia que había sentido hacia sí mismo ahora la dirigido hacia la vida, que injusta había sido con él, ¿Es que acaso había hecho algo mal en su otra vida para merecer este final en esta?, maldecía en susurros y se repetía mentalmente, “Cuando muera vida, cuando muera, debes arrodillarte en perdón por lo que me has hecho. Cuando muera vida, te darás cuenta del error que estás cometiendo. Cuando muera vida...”.

Como si fueran cuchillas, en su mente vio todos esos momentos los cuales hizo decisiones que le había causado la pérdida a otros, cuando hizo que echaran a un hombre de gran experiencia para que él pudiese quedarse con su puesto, y cuando ascendió a su nuevo puesto tuvo que echar a la mayoría, que en ese entonces los consideraba amigos, todo porque él ya había hecho contratos que le beneficiarían más, o cuando dejó a su mujer durante seis meses sola en casa cuidando de su primer hijo mientras él celebraba el éxito de su nueva compañía fuera de la ciudad..., bueno quizá

no había sido el mejor amigo, marido, padre o persona en el mundo, pero no, él no se merecía lo que le estaba pasando, al menos eso se decía casi como consuelo.

Otra mueca hizo cuando sintió otro pinchazo, esta vez en el otro brazo. Sus latidos se aceleraron, dolían como hojas afiladas traspasando su piel y de sus ojos secos salieron lágrimas, el dolor que en un principio estaba en su pecho se extendió hasta sus piernas, que se tensaron, sus manos se hicieron puños. Sus ojos pesaban, sus hombros se sintieron como ladrillos y se mosqueó por tener la necesidad de tener que respirar, cuando lo único que quería era terminar aquello y volver, volver a su infancia. Una ola de nostalgia, un sentimiento agradable y casi triste pero acogedor. Si, él había sido feliz, feliz en su infancia, cuando llegaba a casa y podía tener toda la tarde libre, cuando no tenía más preocupaciones que llegar puntual al parque donde le esperaban sus amigos, pero esta vez, sus amigos de verdad.

Recordó la comida de su madre que no tenía punto de comparación con ninguna otra, la de ella tenía ese toque a cariño, como si usara su corazón como ingrediente principal, y que rico que le quedaba, ¿Cuándo fue la última vez que probó esa exquisitez?, no lo sabía con certeza, una eternidad le parecía. Y lo bien que se sentía en los abrazos de su madre, cuando le contaba historias sobre su padre cuando se conocieron, eso sí, la cara de su padre la veía borrosa, casi como si nunca lo hubiera visto, al lado del dulce rostro de su madre no aparecía nadie, en realidad nadie era nadie al lado de ella.

Una vez cuando andaba por las rocas, cosa que su madre le tenía dicho que no podía hacer, mientras fijaba su mirada en los distintos matorrales con los que se cruzaba, su pie se resbaló sobre una piedra, haciendo que cayera en picado contra el duro terreno, para su suerte sus manos amortiguaron su caída, dejando sus brazos a carne viva. Llamó a gritos a su madre, que vino corriendo en cuanto oyó los lloros de su hijo. Lo llevó a casa donde le curaron las heridas mientras le reprochaban su desobediencia.

“Mira que te lo tengo dicho hijo mío” le decía su madre “A ver si abres mas tus oídos y le haces caso a tu madre, que ya sabes que no hay persona en el mundo que más te ame”, bien marcada le quedo esa frase, que hasta el dia de hoy, cuando estaba moribundo en su cama, la recordaba. Y cuánta razón tenía al decirla, que de niño no le daba importancia y ahora es lo que le da consuelo en su lecho de muerte.

Uno, dos y tres besos le daba la madre cuando salía de casa, en ambas mejillas y en la frente, para que quede permanente, le solía decir, y lo envolvió en esos largos brazos, achuchando para que nunca se vaya, hasta que él se apartaba y abría la puerta despidiéndose. Nunca se lo dijo pero sus abrazos eran lo que más le gustaba, eso era lo que le salvaba después de una larga semana o lo que le consolaba de las broncas que le daban. Si, él había sido feliz.

De repente sus pulmones se estrujaron y sus músculos le pinchan mientras que un dolor le atacaba la cabeza dejándolo aturdido, sus ojos se cansaban y su corazón había mandado ya la retirada. Agonizaba y como cuando era un niño gritaba “Mamá” porque ella siempre venía a su rescate, excepto hoy, porque su madre ya no estaba.

Uno...dos...y tres fueron los segundos de silencio que por dentro celebraban las personas debajo de la escalera.